

Modu, que charla tranquilamente con sus amigos en la plaza de Lavapiés, era uno de esos afortunados que habían logrado llegar desde el África subsahariana a Europa, la tierra prometida.

Las vicisitudes del viaje habían sido tantas que podría escribir un libro.

Lo había planeado durante al menos cinco años, y otros tantos había tardado en conseguirlo.

Las autoridades españolas le habían enviado por dos veces de vuelta, pero él había logrado regresar.

Claro que no se arrepentía puesto que su vida aquí era mucho mejor de lo que nunca hubiera podido soñar.

El suelo, para empezar, no era de tierra, sino que estaba limpio como una silla, y dichoso el que tuviera una en su país.

Recordaba que cuando le había tocado vender cedés, como a todo recién llegado, la gente, sobre todo mujeres, le preguntaban si no le parecía espantoso pasarse el día tirado en el suelo.

Estaba claro que no habían visto la aldea de la que venía.

Allí hasta en las casas, chozas, el piso era de tierra.

Las farolas le fascinaban, y al principio le parecía mágico el hecho de poder ver durante la noche con tal claridad.

Los trenes, los autobuses, las tiendas, las iglesias, los parques, pero sobre todo las mujeres, le parecían un verdadero prodigio.

Y luego estaban los aparatos electrónicos, que para él eran sin duda lo mejor.

El hecho de tener un teléfono móvil en el bolsillo, por alguna extraña razón, le hacía sentirse un rey.

Desde que había llegado a Europa era como si hubiera evolucionado.

A veces se arrepentía de pensarlo porque verdaderamente eso significaba que despreciaba su propia cultura, pero es que objetivamente la europea le parecía un millón de veces mejor.

Tenían agua, refrescos, patatas fritas, gominolas...

Podría pasarse un día entero enumerando todo lo que había descubierto al llegar.

La Coca-cola le encantaba, incluso el fútbol, y especialmente llevar pantalones vaqueros.

Había que reconocer que le sentaban bien.

No había mujer que al pasar se resistiera a mirarle el culo, y precisamente por esa razón se pasaba allí horas y horas, hasta que llegaba la que quería agarrárselo y gozar de verdad.

Sus admiradoras sabían donde encontrarle, en la plaza a partir de las diez.

No se consideraba un prostituto, nada de eso, sino que le parecía que esta cultura tan avanzada tenía de todo excepto hombres que supieran follar.

Era como si todos estuvieran afeminados.

Cuando veía pasar a los chicos emitiendo gritos, haciendo aspavientos y moviendo las caderas como jovencitas desesperadas, no se lo podía creer.

Luego estaban los que empinaban demasiado el codo; por cierto, la mayoría.

Entraban en un bar y salían al cabo de unas horas vociferando, gesticulando de un modo extremado, y meneando más el culo si cabe.

Entonces él y sus amigos se miraban de reojo y se reían porque sabían que eso significaba que en la cama no valían para nada, y que por cada uno de esos habría al menos una mujer carente de eso de lo que todos tenemos tanta necesidad como de comer.

Dos treintañeras se aproximan, son gemelas, y al parecer están locas por él.

Modu se siente pletórico de contento.

Como siempre, tras haberse acostado con las gemelas, se consideraba el hombre más dichoso del universo.

Eran guapas, jóvenes, inteligentes y divertidas.

Ponían música africana, cantaban y bailaban.

Luego se desnudaban y besaban.

A continuación hacían lo que ellas llamaban el bocadillo de chocolate.

Les encantaba el chocolate y no paraban de comerlo.

En el envoltorio del que compraban en una tienda de comercio justo aparecía precisamente la fotografía de un negro.

Él, para hacerse el gracioso, ya que el sentido del humor le parecía el más necesario para sobrevivir en el mundo humano, insistía en que prefería el blanco.

Sin duda los propietarios de esa marca habían dado en el clavo encontrando una buena

metáfora.

Cuando ya tenía más confianza con ellas, se lo había comentado, y entonces cayeron en la cuenta.

Realizar ese tipo de asociaciones le resultaba muy sencillo porque el mundo civilizado

estaba repleto a rebosar de cosas por el estilo, especialmente la publicidad.

Cuando querían vender una cosa, te ofrecían otra, casi siempre la misma, aquello de lo

que la mayoría más carecía.

El hecho de proceder de una civilización completamente diferente podría convertirle en un magnífico antropólogo de la nuestra.

Para él todo estaba clarísimo, por una parte se encontraba lo real y por otra lo ficticio, simbólico, o como se le quisiera llamar.

Para su opinión, aquí la gente vivía sometida a la necesidad de aparentar.

La prueba eran los coches.

No es que a él no le gustaría tener uno, o una moto, pero creía que no era necesario.

El metro y el autobús resultaban mucho más económicos y prácticos para vivir en la ciudad.

Lo cierto es que mucha gente se desplazaba desde barrios muy alejados, pero casi todos ellos estaban bien comunicados por tren o autobús.

El que la mayoría poseyera un vehículo propio le parecía un claro ejemplo del abismo entre las necesidades reales y las creadas artificialmente.

Luego estaba la cuestión de las marcas, que al parecer resultaba crucial en el caso de los pantalones vaqueros.

Si los italianos triunfaban en cuanto a la guerra comercial que Levi's había iniciado,

los alemanes se hallaban ganando la que llevaba a la gente a arruinarse para luego

pasarse horas encerrado en sus búnkeres-tanques, haciendo además de las ciudades un campo de batalla donde la gente tenía que combatir hasta para comunicarse con la

persona que tenía a su lado en la calle.

Al parecer en las ciudades africanas era aún peor, pero allí no existía una magnífica red de transportes, sino taxis viejísimos compartidos, casi todos Mercedes viejos traídos de Europa que echaban muchísimo humo.

Y todo porque al lado del coche aparecía un bomboncito, como si al comprar uno, el otro viniera de regalo.

Para su fortuna, en esta sociedad el bombón era él, con lo cual no tenía que preocuparse por nada.

Así que ahora, con el alto y el bajo vientre saciados, se dispone a dormir en la habitación compartida donde esa noche se siente dichoso.

Modu se encuentra soñando con pasteles de fresa de todas las formas y tamaños, quizá por haberlas tomado en abundancia en casa de las gemelas.

Y es que todas las mujeres que conocía, sin excepción, eran generosas con él.

Claro que tampoco podía considerársele un amante tacaño, dado que les ofrecía, además de mucha ternura, toda la fuerza física que poseía; pues consideraba que eso era lo que ellas buscaban en los hombres, haciéndoles desearlos con vehemencia.

Él simplemente lo daba todo, y a cambio recibía lo que se merecía.

La verdad es que tenía mucha suerte comparada con otros africanos, especialmente los chaperos, o los que se acostaban por dinero con mujeres mucho más mayores.

Aunque en ciertas ocasiones a él no le había quedado más remedio que buscar el amparo de esas pobres señoras gordas cincuentonas a las que nadie quería y de las que el mundo occidental estaba lleno.

Al parecer se trataba, como casi todo, de un modelo de alimentación y modo de vida americano que los españoles habían comenzado a padecer desde hacía tan sólo unos treinta años.

Según le habían contado, la dictadura les había hecho permanecer aislados del resto del mundo civilizado, y hasta la muerte de Franco tenían tan sólo lo justo para no perecer.

La gente habitaba el campo, criaba animales y trabajaba la tierra, hasta que en el ochenta el país se había llenado de carreteras y supermercados.

Las mujeres tenían antes otro papel social, y en vez de pasarse el tiempo libre de tiendas, como había escasez, se las arreglaban para nutrir con materias primas baratas a su familia.

Lo cierto es que le costaba imaginarse una España así, pues la imagen que ofrecía ahora era la de una abundancia descomunal.

En el fondo se alegraba de ser pobre y no dejarse llevar por los pecados capitales, ya que el exceso resultaba tan nocivo para los cuerpos y las almas como la privación.

A veces se preguntaba si el mundo no debiera estar mejor repartido, y en vez de tantos tratamientos para adelgazar, la gente podría conformarse con una cantidad razonable de dinero, y destinar el resto a los que realmente pasaban hambre, e incluso morían de inanición, como sucedía en su país.

Eso lo había hablado con las gemelas, y claro que estaban de acuerdo en que se trataba de una idea lógica que les encantaría poder llevar a cabo.

Pero ellas no tenían ese problema, ya que se repartían el sueldo de una entre las dos, con lo cual no les sobraba nada, y además estaban siempre acompañadas.

Lo que también le parecía muy triste era ver cuánta gente vivía sola y precisaba de animales de compañía para ofrecerles afecto y cuidados, cuando tantos seres humanos carecían de ellos por completo.

Como eso nunca lo había ni siquiera imaginado antes de llegar aquí, le resultaba sorprendente, e incluso tenía reflexionado sobre las razones, llegando a la conclusión de que los perros sustituían a tanto a las parejas como a los hijos.

Y a veces se preguntaba si también realizarían con ellos prácticas sexuales.

Suponía que habría de todo, pero a los hombres eso les iba seguro, no hacía falta más que ver la cantidad de machos que gozaban de encolar a sus semejantes, y la prueba era que por diez euros muchos de sus conocidos ofrecían ese tipo de servicio.

Aunque lamentablemente, según le habían contado, eso también lo demandaban muchos de los que trabajaban como representantes de las ONGs al saberse poderosos frente a la miseria absoluta.

Sin embargo, la verdadera caridad, como los pasteles de fresa con los que sueña, eran cosas de mujeres amables, dulces y misericordiosas, de verdaderas diosas.

Modu sueña con su país, ya que había algo de él que en el fondo añoraba, aunque no sabría decir el qué.

Allí la gente era tan diferente...

Para empezar resultaban amables, como las personas humildes suelen serlo.

Cuando llegaban los extranjeros, los trataban de un modo acogedor, mientras ellos, incluso los religiosos y los que trabajaban para las ONGs, se mostraban despectivos y altaneros.

Suponía que los romanos, durante la época de dominación de sobre las tierras de Europa, se habían comportado de un modo semejante.

Seguro que tampoco eran joviales, como les sucedía ahora los occidentales, que en eso no se parecían en absoluto a los africanos, siempre cantando y bailando con el corazón lleno de alegría.

Ellos carecían de desarrollo tecnológico y científico, pero del resto eran iguales a pesar del color de la piel.

No en vano Jesucristo había luchado por esa igualdad en tiempo de los romanos, aunque ahora nadie parecía darse cuenta del sentido de esa creencia por haber sido convertida por el imperio en dogma a la fuerza.

En su país había iglesias a montones tanto cristianas como mahometanas, ya que eso parecía lo único que les interesaba a los gobernantes, que a cambio recibían importantes ingresos, que luego invertían en armas y en soldados.

Aunque la religión de los cristianos le parecía un poco mejor, no le había quedado más remedio que pasar por el aro de los árabes.

Mientras vivía allí, fingía, como el resto, obedecer a los ritos sociales del grupo al que pertenecía a pesar de resultarles terriblemente injustos y crueles, en especial con las mujeres, a las cuales denigraban sin compasión.

El animismo, la religión pura y simple del poder del alma, aunque estaba cada vez peor considerada, podía resultar más útil, y llegaba incluso a curar enfermedades.

Eso sí, siempre que se utilizara para hacer el bien, porque también estaban los que empleaban la fe de las personas para mantenerlas atemorizadas, como sucedía con las demás doctrinas.

El ejemplo era que muchas de las mujeres africanas que trabajan como prostitutas habían sido sometidas a prácticas de ese tipo en sus países de origen.

Pensándolo bien, si eran capaces de soportar aquello por temor a que a alguien de su familia le sucediera algo malo, cuánto amor debían albergar en su corazón.

Y es que en el fondo, aunque las mujeres africanas no representaran el modelo de belleza dominante, le parecían mejores.

Lástima que las mayoría de las que llegaban a Europa, se encontraran subyugadas por los proxenetas.

En realidad lo que echaba de menos era el contacto con una persona del sexo opuesto perteneciente a su misma cultura, con la que además pudiera compartir su lengua materna, el wolof, y así fuera capaz de comunicarse de verdad.

Hacía tiempo que venía sintiendo la desagradable sensación de encontrarse desplazado del núcleo de la vida, la matriz de la naturaleza, es decir de Dios.

Se había dado cuenta de que ya no disfrutaba de la existencia con la misma intensidad.

Ni siquiera del sexo, el único medio que uno podía encontrar en el mundo civilizado para fundirse con el alma universal, le satisfacía plenamente.

Entonces, viéndose reflejado en sueños en los ojos de una mujer de su mismo color, se siente dichoso.

Modu entona una dulce melodía.  
Se había despertado hacía un buen rato.  
Tenía los ojos abiertos y miraba al techo completamente abstraído.  
Compartía habitación con varios amigos que se habían ido a tocar al Rastro, donde miles de personas se daban cita religiosamente los domingos.  
Todos los que allí se congregaban pretendían conseguir alguna ganga, y se afanaban como si en ello se les fuera la vida.  
Se trataba de miles de ateos, nihilistas, que creían que la materia era superior al espíritu.  
Pensaban que la posesión de algún objeto relativamente lustroso les convertiría mágicamente en seres más pudientes.  
El poder se apropiaba de su voluntad, dirigiéndolos hasta allí como sonámbulos.  
Llenaban los vagones del metro y las calles que bajaban desde la plaza de Cascorro hasta la ronda de Toledo como gotas de agua arrastradas por la corriente.  
Gastaban para ser más, y trabajaban para tener más, mientras semana a semana y año tras año sus vidas no hacían más que menguar.  
Los días laborables eran para trabajar, y los fines de semana para consumir.  
Así funcionaban las cosas en la ciudad.  
Todo estaba perfectamente reglamentado por una especie de ley divina que no se abolvía ni en caso de guerra, pues estaba perfectamente programada en el cerebro de cada individuo desde su nacimiento.  
Gracias a eso las cosas marchaban realmente bien para el capitalismo mundial.  
La religión, en tiempos de abundancia, resultaba superflua, innecesaria para arrastrar a las masas.  
Entre las baratijas podían encontrarse verdaderas reliquias, vestigios de espíritus del pasado, y los nuevos, los futuros, encarnados por las vírgenes, las jovencitas, también se daban allí cita religiosamente cada domingo.  
Para colmar aquello de espiritualidad, entre los músicos celestiales se encontraban sus amigos tocando el tambor.  
Los ritmos senegaleses no estaban inspirados en las guerras tribales, sino en la alegría de las ceremonias y las festividades.  
Ahí radicaba su éxito.  
Sus tambores sabar hacían a los más enérgicos bailar furiosamente hasta ser despojados de sus malos espíritus, de su agresividad.  
Aquella era la esencia del acervo espiritual y cultural de Senegal, y si los españoles lo consumían, aún sin percatarse de ello, sería porque de algún modo les beneficiaba.  
Las masas necesitaban la música porque se trataba del lenguaje universal del alma humana.  
De hecho los ritmos del tambor sabar constituían frases con las cuales se comunicaban entre aldeas separadas hasta por decenas de kilómetros.  
Así que se podría decir que hablaban.  
Quizás supondrían lo que las campanas para los fieles en épocas en las que aún no existían los modernos medios de congregar a los ciudadanos.  
Ahora lo que les unía era consumir, y si ya no acudían a la iglesia, al menos aquellos sonidos llenaban sus corazones de latidos fraternos.  
Los tambores senegaleses que bombeaban sangre a sus venas eran relativamente dulces, armoniosos y delicados en comparación con los de otros países belicistas, cuyos djembes no tenían una misión tanto liberadora como sometedora.  
Por ese motivo la canción que ahora mismo él se encuentra entonando suena tan dulce como si fuera una nana.

Modu canta y baila al ritmo de la Orchestra Baobab mientras cocina. También le gustaba limpiar, aunque tenía clarísimo que nunca lo haría si estuviera viviendo con una mujer. Se trataba de una cuestión de orgullo masculino que tenía que ver directamente con la sexualidad. Uno no podría ser capaz de concentrarse en hacer el amor con ardor si sabía que debía encargarse además de las tareas del hogar. En su país, al contrario que en Europa, aquello ni siquiera se planteaba. La virilidad, algo de lo que muchos europeos carecían, suponía para los africanos lo más importante del mundo. Estaba seguro de que las mujeres dejarían de atraerle poderosamente de la noche a la mañana si tuviera que servir las como un criado. Los hombres tenían que ofrecer toda su fuerza en la cama, y luego su potencia sexual se medía mediante la laboriosidad de sus esposas. Los africanos no trabajarían nunca para ellas, lo tenían muy claro. Los marroquíes tampoco. Se trataba de una especie de tabú más importante aún que el del incesto, que debía mantenerse en la especie humana con el fin de preservarla. En su país no es que las mujeres tuvieran que matarse a trabajar. Las chozas tampoco había que limpiarlas mucho. Cocinar, cuando había la suerte de tener algo para comer, resultaba una bendición. Las cosas estaban equilibradas porque la vida era simple, como lo había sido siempre para los pueblos agricultores y ganaderos. Sin embargo, en la sociedad posindustrial, la vida devenía un caos. Vivir resultaba demasiado complicado para los occidentales, pero no para él, que tenía clarísimo cual era su misión aquí. Su labor le parecía en cierto modo mesiánica, pues consistía en restablecer el orden natural en las almas de sus amantes. Y es que con tanta información y servicios, la gente se volvía loca. Cuando quería sexo acudía a internet, y eso era absurdo. El cuerpo humano necesitaba el contacto físico con los demás tanto como el alimento. Y no un contacto breve, sino intenso, como un masaje en toda regla. Los pequeños rozamientos aún excitaban y alteraban más. De ahí procedía quizás la histeria que se decía que padecían muchas mujeres. Lo que les pasaba es que estaban insatisfechas. Podían ser penetradas, pero eso no servía de nada si no se hacía poderosamente. Él empleaba en ello toda su energía, y así todas las mujeres a las que conocía le estaban agradecidísimas. Como recompensa le ofrecían cuanto tenían, pero él no era codicioso y se conformaba con verlas felices. No había nada más triste que las personas hambrientas de amor, deprimidas. Aquí, que tenían tanto que comer, muchos enfermaban e incluso perecían víctimas de esa terrible hambruna. No cantaban ni bailaban porque no amaban. Aquello derivaba de la represión religiosa mantenida en Europa siglos y siglos. Al final los hombres se habían vuelto terriblemente tacaños y egoístas con el sexo. Habían dejado de emplear su energía en ello, para dedicarse a los negocios. Así, con el dinero, los capitalistas utilizaban a las mujeres para desahogarse con el mayor número de ellas, pero sin plantearse en absoluto satisfacerlas. Pero como él no es de esos, ahora cocina cantando y bailando.

Modu se encuentra por casualidad con Marisa justo cuando ésta se dirigía a la Puerta del Sol, donde al parecer los manifestantes pretendían continuar concentrados. Parecía rebosante de felicidad pues muchísima gente había asistido a la manifestación convocada para esa tarde, creando una atmósfera en la que se respiraba libertad. Estaba tan entusiasmada como si acabara de suceder un milagro. El pueblo unido frente a los poderes perversos y corruptos podía resultar verdaderamente poderoso. Ojalá en los países africanos sucediera lo mismo. Los europeos tenían ya una larga trayectoria revolucionaria a sus espaldas. Ellos, convertidos ahora en colonizadores, habían sido colonizados ya por los romanos; que tras haber arrancado a latigazos toda la riqueza de sus tierras para alimentar su sed de sangre, los habían dejado sumidos en la miseria. Pero tras despertarse de esa pesadilla, durante el renacimiento, precisamente en Italia, inspirados en el saber cultural y científico griego, se habían dedicado unos años al humanismo. Aunque pronto se cansaron, y volvieron a repetir la historia. Los españoles, de ahí su fama de intolerantes y ladrones, al arribar a las costas de América se dedicaron a espoliar esas tierras. A continuación fueron los portugueses, y luego les siguieron el resto. Tan cegados estaban por la avaricia y demás pecados capitales, como los romanos, que no se les ocurrió otra cosa que ir a buscar esclavos al continente africano. Y así, a partir del XVII, tuvo lugar el nacimiento del segundo gran imperio romano de occidente. Aunque también, gracias al renacimiento del espíritu griego, la ilustración iluminó a la sociedad civil, haciéndole reclamar sus derechos. Desde entonces, las dos fuerzas eternas, el Bien y el Mal, pugnaban entre ellas sin cesar. La justicia divina, la palabra de Dios, fue transformada en justicia humana. Y la creación divina pasó a desarrollarse en el ámbito artístico. La ciencia también se convirtió en salvadora y redentora. Así que se podía decir que algo consiguieron los europeos tras siglos de matanzas. Incluso había habido un filósofo alemán tan ilustrado que tras años y años de reflexión había concluido que para juzgar a los hombres, bastaba con ceñirse al criterio del buen gusto. Eso se lo había contado Marisa, que siempre estaba leyendo, y solía resumirle los libros. Él no sabía leer muy bien, pero prestaba gran atención a todo cuanto tuviera que ver con la historia y el pensamiento occidentales cuando veía programas de televisión, o escuchaba la radio. La historia de Europa le parecía tan interesante porque presentía que África le iría a la zaga. Suponía que en unos siglos su continente se encontraría plenamente desarrollado y gozando de todas las comodidades que había aquí. Se imaginaba que cuando así fuera, y Africa se encontrara en pleno esplendor, quizás dentro de mil años, la cultura europea habría desaparecido, como la del antiguo Egipto, Roma, Grecia o Mesopotamia. Tenía clarísimo que sería así, y viviendo aquí se imaginaba como un viajero en el tiempo. De hecho cree que en ese futuro, más justo y humano, habrá multitud de mujeres tan buenas y bellas como la que acaba de encontrarse, pero de su color.

Modu se pavonea delante de las mujeres, pues aquella manifestación se encontraba repleta de chicas jóvenes y guapas, además liberadas, como a él le gustaban.

En cuanto comiencen las acampadas en protesta por cuestiones que él considerará que no le conciernen, pues cree que Europa es un paraíso; acudirá cada día a Sol para pasárselo bien por sentirse como en su propio país.

Allí todas las mujeres tienen dueño, y aquí no, con lo que esa situación excepcional supondrá para él un verdadero oasis en medio del desierto.

Pero cuando el calor comience a volverse insoportable, todo aquel campamento de lucha pacífica contra las injusticias cometidas por el gobierno español en connivencia con los bancos, desaparecerá como si se hubiera tratado de un espejismo.

Y él, que se sentía un león en la selva viviendo por primera vez en libertad, se sorprenderá al ver aparecer en las noticias a chicas testimoniando haber sido acosadas por africanos y árabes.

Lo cierto es que intentará ligar con cuantas manifestantes se encuentren solas, y aunque algunas parecerán encantadas, otras le rechazarán argumentando que en el mundo hay más cosas en las que pensar y a las que dedicarse que a follar.

Lo cierto es que él no comprenderá cómo pueden existir mujeres sin pareja capaces de prescindir del sexo.

Pero tras ese 15 de mayo descubrirá que muchas mujeres occidentales rechazaban tajantemente el contacto con personas del sexo opuesto.

Aquello supondrá una novedad para él, una especie de penosa revelación que le dejará conmocionado durante un largo periodo de tiempo.

A partir de ese momento comenzará a plantearse incluso regresar a su país al sentirse despreciado por aquellas que él consideraba su razón de existir y sus benefactoras.

Una extraña nostalgia se apoderará de su ser, y comenzará a frecuentar un bar de Lavapiés al que acudían mujeres senegalesas buscando marido.

Allí conocerá a Mame.

Ella trabajaba para la familia de Marta como chica para todo desde hacía casi diez años, y seguirá haciéndolo el resto de su vida.

Ambas tenían aproximadamente la misma edad, pero la patrona nunca se había preocupado lo más mínimo por su sirvienta hasta que Mame le demuestre su afecto yendo a visitarla al hospital más que su propia madre.

Así nacerá la amistad entre dos personas separadas por una barrera invisible cultural y de clase social, que se desplomará como un muro gracias a la colisión de su tanque de guerra contra un camión.

Cuando Mame se quede embarazada, le pedirá ayuda a Marta para poder seguir trabajando en su casa y cuidando a su futuro hijo, pues ha tomado la decisión de no decirle nada al padre y criarlo sola.

A Marta le parecerá un poco extraño, pero aceptará.

Ella le asegurará que es mejor así, porque los africanos que dejan sus países son en realidad la escoria de la sociedad en comparación con el resto.

Al parecer sólo los más egoístas e individualistas se adaptan perfectamente a la mentalidad occidental, y ella no querrá que su hijo sea educado en esos valores.

Marta la comprenderá y llegará admirarla cuando su ahijada llegue a convertirse en una gran cirujana capaz de rechazar la sustanciosa oferta de una clínica de estética para trabajar gratis en Senegal.

Pero un buen día, cuando su madre ya sea anciana y se encuentre enferma, querrá saber quién era su padre, y lo encontrará viviendo en una residencia de ancianos.

Mila lo reconocerá fácilmente pues, aunque muy viejo pero nada senil, es el único negro y se encuentra pavoneándose delante de las mujeres.